bajo la influencia del casto centelleo de vuestros ojos maternales. ¡Oh, dulce Madre mía! No me neguéis este favor que os pido por Vuestro Hijo, por el nombre de vuestra sierva, por vuestra propia glorificación.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE

Dilectus meus mihi et ego illi, qui pascitur inter lilia (Cant. de Cant. 2.16).

La vida espiritual se encierra toda entera en un comercio ó intercambio entre el Creador y la creatura; y en este cambio es Nuestro Señor el primero y el último en dar. Si examinamos las cosas en el orden temporal, vemos que Dios nos creó, sacándonos de la nada; después de creados nos conserva la vida por un milagro continuado y provee diligentemente á todas nuestras necesidades. En el orden de la gracia, Dios es nuestro, pero con más propiedad aún. Nos dió su gracia gratuitamente por el bautismo. Si después de haber perdido esta gracia, volvemos á recuperarla por la penitencia, es Él quien nos da el primer impulso, como quiera que, alejados de nuestro último fin por el pecado, no podemos volver á Él por nosotros mismos. No podemos concebir ni el más leve pensamiento en orden á la vida eterna, ni aun pronunciar el sacrosanto nombre de Jesús si no es por la continua acción de la gracia. (1)

He traído estas consideraciones porque Mariana de Jesús se encontró desde su más tierna infancia como supeditada por el influjo de los dones y carismas espirituales que la preservaron de cometer en toda su vida el más leve pecado. Es posible que al leer su vida exclaméis: ¡Qué mucho que Mariana fuera santa, si no era mujer como nosotras! Pero yo quiero adelantarme á esta excusa que probablemente acude á vuestra imaginación, para que los ejemplos de sublimes virtudes que elevaron á nuestra bienaventurada hasta la gloria del martirio voluntario, os sirvan no ya de tropiezo, sino de poderoso aguijón para imitarla. Es verdad que Mariana fué visitada

(1) 1. Cort. 12.3.

y enriquecida con excelsos dones; es verdad que la excelencia de sus acciones raya á tan inconmensurable altura que más parecen para admiradas que seguidas. Pero con todo esto, pensad que ella se hizo digna de estos favores por una fidelísima correspondencia á la gracia, y, aunque tenía la misma fragilidad de vuestro sexo, el amor la dió una fortaleza que la hizo heroína de la gracia. ¿Cómo podría verificarse ese cambio espiritual de que os acabo de hablar, si el alma recibiera todo sin dar nada, ó si no diera en proporción de lo que recibe?

Nacida Mariana como la Virgen María, en la ancianidad de sus padres de una manera portentosa, aun antes de ver la luz del día, preséntase á los circunstantes sobre la pieza en que yacía la madre, bajo la forma de una estrella brillantísima que á manera de satélites estaba rodeada de muchas otras más pequeñas. ¡Prodigio admirable que indicaba anticipadamente la alta misión de Mariana, llamada á servir de modelo no sólo á sus compatricias sino también á todas las mujeres americanas! A la noble ciudad de Quito, llamada por antonomasia *el Vergel de América* estará, pues, reservada la honra de ver florecida en su suelo una preciosa azucena, como la ciudad de los Virreyes había visto poco antes florecer una fragante rosa.

Situada Quito á medio grado de la linea equinoccial donde, como dice un historiador, puestos en admirable consorcio los ardores de la linea con los hielos de erizada cordillera, es siempre extraña á los rigores de helado invierno y á los excesos de abrasado estío, por lo cual jamás vé desnudas del todo sus plantas, ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. ¡Seductora imagen de Mariana por la suave apacibilidad de su carácter siempre templado por la rígida entereza de su austera vida, cuajada de preciosos frutos!

Los favores repetidos con que el cielo se dignó dirigir desde su más tierna edad á la angelical creatura que hoy se venera en los altares, como bienaventurada, mientras se sigue en Roma el proceso de su canonización, indicaban á las claras la misión extraordinaria y providencial á que había sido destinada. Cuando Dios llama una alma á un fin elevado, dice San Bernardino de Sena, la enriquece con dones proporcionados, la rodea de una solicitud tierníisima, dirige sus pasos y corona sus esfuerzos. Aquella Providencia que vela por el humilde vástago que crece en tierra sedienta y agostada ¿dejará abandonada á sí misma y desnuda de todo bien, á